

DESAYUNAR EN EL SUR

Indefectiblemente, me dijo el Caminante y repitió como siempre en un tono más bajo, indefectiblemente, en las sierras del Sur de España, si a uno de sus pueblos la carretera accede por la parte de arriba, todo lo que necesites se encuentra en la parte inferior. Por el contrario, si la carretera llega al pueblo por la parte de abajo todo lo que precisas se encontrará en la parte de arriba. Claro que, para entender mejor la historia quizá sea preciso, me dijo el Caminante, que primero te situara en su espacio físico.

La Sierra de los Filabres se extiende a media altura de la provincia de Almería en dirección este-oeste desde la parte oriental de la provincia de Granada hasta las cercanías del mar Mediterráneo en el que, digamos, literalmente, se desploma. Perpendiculares a sus picos más altos, la altura de sus montes se abren, hasta el desierto de Tabernas al que descienden más suavemente, diferentes valles en los que, en cada uno de ellos, cual manchas lechosas sobre diferentes tonos de verdes se acurrucan y extienden diferentes localidades, todas ellas con su inconfundible aspecto serrano, sus casas enjabegadas y sus calles sinuosas que trepan montaña arriba o, descienden vertiginosas montaña abajo, según tu posición del momento. Nombres como Olula del Río, Tahal, Velefique, Senes, Castro de Filabres, Olula de Castro y otros, son, en sí mismos, nombres que te trasladan a pasadas culturas.

Otro detalle importante, no te fíes de la visión en tres dimensiones que del terreno ofrece el Google Earth pues las cumbres que separan los diferentes valles te sorprenderán en altura y fragosidad

sobre la visión, hartado inocente, que te ofreció Google-Map.

Ya preparados, añadió el Caminante, volvamos al comienzo que indica el título del artículo.

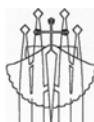
Tocaba esta vez el acceso al pueblo por la parte de abajo. Una empinada pendiente llevo a nuestro amigo hasta una plaza donde encontró, pensó que ¡qué suerte, tan pronto! y sin tener que preguntar un bar donde poder desayunar.

Tremenda equivocación el dueño del bar, grande en tamaño y corto en palabras le indicó no había cosa para comer, que más arriba, expresión que sin matizar puede inducir a engaño, encontraría otro bar. Casi sin continuidad entraron cuatro parroquianos más, e inmediatamente dos mujeres una mayor que otra y en pocos momentos el pequeño local se encontraba lleno. Esto corroboró la idea, el Caminante así lo cree que la gente le sigue cuando entra en los establecimientos. Pidió dejar la mochila y salió a la búsqueda del otro bar.

El más arriba englobaba otra plaza, un castillo, con sus murallas y aledaños, un restaurante cerrado y varias gentes que le explicaron que sí, que más arriba había un bar donde servían desayunos. Como el más arriba parecía estar mucho más arriba, volvió el Caminante hasta el primer bar descubriendo de paso el Ayuntamiento y pensó, por lo menos sellaré la credencial. El ayuntamiento, abierto sí, pero vacío de funcionarios, podía ser recorrido en su totalidad y salir del mismo, sin que nadie te llamara la atención, pero tal como habías entrado.

En la calle un vecino que se identificó como cabrero aleccionó al Caminante en cuanto a horarios y hábitos de las funcionarias que atendían, a sus horas de ellas, eso sí, las necesidades administrativas de los ciudadanos de la localidad.

Siguió después un monólogo sobre fiestas y costumbre locales, así como diferentes particularidades del pueblo en cuestión dejándole a su suerte cuando



consideró cumplida su misión, además de cabrero, de informador de visitantes.

Más tarde, en la plaza, con voz potente mantenían animada conversación el cabrero, la cartera, una señora de riguroso negro y dos personajes más que se diferenciaban de los otros por el chaleco amarillo y reflectante con el nombre de la localidad en la espalda lo que parecía indicar una ocupación pública pospuesta para más tarde en la mañana recién estrenada.

Alguien entró en el edificio municipal y sin mostrar asombro ni malestar por la ausencia del personal, salió y entró en el bar de al lado. A todo esto el bar carecía de nombre o distintivo. Eso mismo hizo el Caminante. Esta vez si que era animada la conversación entre las funcionarias, el vecino demandante de atención pública, el dueño y los clientes anteriores. Después de un cierto tiempo de resultar, aparentemente invisible a los ojos de los asistentes, recogió el Caminante su mochila y salió a la búsqueda, que remedio, del bar de más arriba.

Y allí estaba, con su aparcamiento su sombra, sus tinajas en el exterior y esa amalgama de cosas inconexas que suelen coleccionar ciertos restaurantes de carretera y que van desde una colección de azulejos con lemas como "si bebes para olvidar paga antes de beber" y otras genialidades de todos más o menos conocidas hasta la clásica descomunal cachaba que pone "libro de reclamaciones". Por haber había hasta la pareja de la Guardia Civil.

Después de aclarar que él, el Caminante, la tostada de pan la tomaba con el recio aceite de la tierra y no con la afeminada mantequilla, ¡ah! y al café con leche añádale un chorrito de orujo blanco,

se dirigió a los guardias para pedir información sobre el camino a seguir por la montaña para llegar al siguiente pueblo. Lamentándolo mucho, le dijeron no poder ayudarlo, pero es que ellos entendían de carreteras pero no de montes, además pertenecían a un destacamento lejano de allí pero, que si esperaba un poco, el encargado de la gasolinera que venía a esta hora a desayunar seguro que le aclaraba todas las dudas sobre caminos y senderos.

Y así fue. Más todas las explicaciones que el entendido aportaba no acababan de dejar tranquilo al ánimo del Caminante. Vió que el camino atravesaba la montaña, eso si, pero que las curvas de nivel no enseñaban precisamente un camino fácil. Como es natural, paralela al sendero de montaña discurría una carretera secundaria con el único inconveniente que, para tomarla, era necesario recorrer ocho

kilómetros de fuerte pendiente. Entonces fue cuando el de la gasolinera se ofreció a subirle esos ocho kilómetros. Estas ayudas siempre se pueden tomar como tentación o como Providencia, yo me decía el Caminante, si no las he pedido las interpreto siempre como ayuda de la Providencia.

Cuando quiso pagar su desayuno la chica esclava, de buen ver, que atendía la barra y, aparentemente bajo la protección del dueño del restaurante, le dijo que la cuenta había sido pagada por uno de los Guardias Civiles.

Salió el Caminante a tiempo para agradecerles la invitación mostrándoles su extrañeza, y ya montados en su jeep, uno de los guardias le dijo, no hay por que dardas y además, desengáñese señor, las cosas ya no son como eran antes.

El amigo del Caminante

**....., le dijo que la cuenta
había sido pagada por uno
de los Guardias Civiles.
Salió el Caminante a
tiempo para agradecerles
la invitación mostrándoles
su extrañeza, y ya
montados en su jeep, uno
de los guardias le dijo, no
hay por que dardas y
además, desengáñese
señor, las cosas ya no son
como eran antes.**

